

obras, admiracion de la Europa de dos siglos á esta parte? Vaya Vm. de ahí. Vm. está loco.

LOCO.

La injuria no es una razon, y no ha sido ciertamente ese medio de filosofar, el que me ha grangeado la admiracion de que acaba de hablar. Si no tengo razon, pruebe Vm., y le agradeceré me desengañe.

CARTESIANO.

Pues bien, vuelvo á decir que Descartes murió mucho tiempo ha. No quiere Vm. creerlo, pues á Suecia, que allí le enseñarán su sepulcro.

LOCO.

Si me diese tanta prisa como Vm. á juzgar á los demas con severidad, me darian tentaciones de creer que no está Vm. muy cuerdo. ¿Cómo

puede Vm. proponerme que vaya á Suecia para convencerme de que allí estoy enterrado?

CARTESIANO.

Vm. sabe muy bien que nadie ha vivido doscientos años.

LOCO.

Perdone Vm., porque en tal caso, seria yo el primer ejemplo.

CARTESIANO.

Basta ver á Vm. para convencerse no puede tener tantos años.

LOCO.

Por ahora le engañan á Vm. los sentidos, la prueba es muy clara; pues que siendo yo Descartes, es imposible que no tenga mas de doscientos años.

CARTESIANO.

¡Qué obstinacion! Pregunte Vm. á cualquiera, y le dirá como yo, que Vm. no es Descartes.

LOCO.

En tantas cosas se engañan los hombres, que tambien podrian engañarse en esto. « Por lo demas confieso arguye Vm. muy bien en este caso « por la autoridad; pero deberia Vm. tener presente que habla con un espíritu, tan desprendido de cosas corpóreas, que ni tan siquiera « sabe, si, antes que él hubo hombres, y que « por lo mismo no le importa mucho su autoridad. »

• In quo fateor te rectè ab auctoritate argumèntari; sed meminisse debuisses, ó caro, te hic affari mentem à rebus corporeis sic abductam, ut ne quidem sciat ullos unquam homines ante se exlitisse, nec proindè ipsorum auctoritate moveatur. R. DESCARTES, Meditat. de primâ philosophiâ, responsiones quintæ, p. 65. Amstelod. 1665.

CARTESIANO.

Admita Vm. á lo menos la de la razon.

LOCO.

Esta es la que pido yo á Vm. respete, como á nuestro juez. Dígame pues, ¿ está Vm. convencido de su propia existencia?

CARTESIANO.

¡ Bella pregunta! seguramente lo estoy: pero ¿ qué conexion tiene mi existencia con hacerse Vm. Descartes?

LOCO.

Va Vm. á verlo, respóndame solo á esto: ¿ qué prueba tiene Vm. para creer que existe? ¿ Por qué medio tiene Vm. esta certeza?

1.

CARTESIANO.

Porque al decir *yo soy, existo*, tengo una idea clara y evidente de lo que digo¹.

LOCO.

¿Con que Vm. conviene en *que todo cuanto se percibe clara y evidentemente es cierto*²?

CARTESIANO.

Este es el primer principio de mi filosofía.

LOCO.

Y ¿cómo está Vm. seguro de tener una idea clara y evidente de su existencia?

CARTESIANO.

Porque me es imposible dudarlo.

¹ DESCARTES, *Medit. III.*

² *Ibid.*

LOCO.

¡A las mil maravillas! Veo con gusto que Vm. ha entendido perfectamente mi doctrina. Venga Vm., mi querido discípulo, y abrace á su maestro. Ahora ya no puede Vm. negarlo, porque le declaro tener una idea muy clara y evidente de que realmente soy Descartes, y la prueba de ser esta misma idea clara y evidente, es el no poder dudarle.

CARTESIANO.

Bien decia yo que era loco, pero además es incurable. ¡Qué lástima! pues su locura misma, es el resultado de un talento filosófico.

No se puede dudar que este hombre haya perdido el juicio; pero el cartesiano no tiene derecho para declararle loco; pues cuando afirma ser Descartes, sigue rigurosamente los principios de la filosofía cartesiana.

El gran riesgo de esta filosofía es, que aban-

dona la razon de cada uno á sí misma¹, y el no dar al hombre otra regla de verdad, que sus propios fallos. Entonces debe creer verdadero lo que le parece verdadero, y falso todo lo que le parece falso. No hay error que no se justifique por este principio, y este tambien es el principio en que se fundan el herege, el deista y el ateo: pueden afirmar ó negar lo que quieren, diciendo: esto es ó no es claro para mí². Todas las pruebas,

¹ « Descartes hizo gran sensacion en el hecho de examinar, « por medio de la reflexion, todas las verdades recibidas; » dice Madama de Staël quién, con mucha exactitud, reduce la filosofía cartesiana á estos principios que admira en extremo: « Cuanto « hay al rededor de nosotros, puede ponerse en duda; nada hay « cierto, lo verdadero no reside sino en nuestra alma, y ella sola « juzga sin apelacion. » *De l'Allemagne*, part. III, cap III.

² Bossuet, aunque cartesiano, habia previsto los inconvenientes de la filosofía cartesiana, que en su tiempo comenzaban á manifestarse. Veia que se *entendian mal* sus principios; pero en ninguna parte explica como deben entenderse; en ninguna parte da una regla que se pueda substituir á la de las *percepciones claras y distintas*, y en efecto, es evidente que el hombre, considerado *aisladamente*, no puede encontrar otra en sí mismo: pues ¿ qué razon tendria para afirmar como cierto, lo que no le pareciese claramente cierto? Si no es su creencia mas que la expresion de lo que percibe su entendimiento, ó si sus percep-

todos los racionios posibles de oponérseles, vienen á estrellarse contra estas dos palabras.

ciones son la única causa, el único motivo de sus creencias, en este caso seria preciso pronunciase su juicio: *Creo que tal cosa es cierta, ó tal cosa me parece cierta, porque no me parece cierta*. Oigamos ahora á Bossuet; él va á enseñarnos qué efectos producian ya los principios de Descartes, entendidos como todo el mundo los entendia, y del solo modo posible de entenderlos sin contradecirse, y sin trastornar enteramente la filosofía cartesiana.

« Veo.... prepararse un gran combate contra la Iglesia, bajo el nombre de filosofía cartesiana. Veo nacer de su seno y principios, á mi parecer mal entendidos, mas de una heregia; y veo que las consecuencias, que de ellos se sacan contra los dogmas creídos por nuestros padres, deberán hacerla odiosa, y que la Iglesia pierda todo el fruto que de ella podia esperar, para establecer en el espíritu de los filósofos la divinidad é inmortalidad del alma.

« Otro inconveniente terrible, deducido de estos mismos principios mal entendidos, se apodera sensiblemente de los espíritus: pues que so pretexto de no deberse admitir sino lo claramente concebido; lo que es muy exacto, si se limita hasta cierto punto; cada cual se toma la libertad de decir, entiendo esto, y no estotro; y sobre este único fundamento, se aprueba ó desaprueba cuanto se quiere: sin pensar que además de nuestras ideas claras y distintas, hay otras confusas y generales, que no dejan de incluir verdades tan esenciales que, negadas ellas, todo se trastornaria. Bajo este pretexto se introduce una libertad de juzgar, cuyo efecto es hacer avanzar temerariamente todo lo que se piensa, con desprecio absoluto de la tradicion. » *Lettre CXXXIX, OEuvres de Bossuet*, tom. XXXVII.

A esta filosofía tan fatal como absurda, substituímos la doctrina del *sentido comun* ó de la *luz natural*, fundada en la naturaleza del hombre, y fuera de la cual, como lo hacemos ver, no hay certeza, verdad, ni razon.

A pesar de quanto se haya podido decir, no se necesitan grandes esfuerzos del talento para entenderla; está al alcance de todos los hombres, y todos la conocen, sin necesidad de estudiarla, todos, incluso los que la niegan, prueban su necesidad arreglando á ella su conducta. En efecto ¿á qué se reduce? á estos dos puntos:

I. Todos los hombres creen invenciblemente mil y mil cosas, y por consiguiente esta fe invencible está en su naturaleza. Es un hecho indudable, que lo creído invenciblemente por la universalidad de los hombres, es verdadero con relacion á la razon humana, y debe tenerse por cierto, sopena de ser imposible tener por cierta cosa alguna.

II. Todos los hombres efectivamente tienen una inclinacion natural á dar por cierto, lo creído y atestado generalmente como cierto, y califican de loco, al que niegue lo que todos, y de este modo, atestaron. Luego el consentimiento comun es el indicio de verdad, ó la regla de la razon particular, á juicio de todos los hombres.

Combatimos así el *sentido privado* de los filósofos, de los deístas y de los ateos, por el *sentido comun* de los hombres, ó la autoridad del género humano; lo mismo que el sentido privado de los hereges, por el sentido comun de los cristianos¹, ó la autoridad de la Iglesia.

En una palabra, sostenemos que en todas las cosas y siempre; lo que es conforme al sentido comun, es verdadero; lo que se le opone falso;

¹ *Quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est.* VINCENTII LIBINENSIS Commonit. c. II.

que la razon individual, el sentido particular puede errar, pero que la razon general, el sentido comun está al abrigo del error, y no puede suponerse lo contrario sin violentar el language mismo, ó la razon humana, cuya expresion es el language*.

Esta doctrina ha parecido enteramente extraña en nuestro siglo; se han burlado mucho de la razon general, por cierto muy olvidada de mucho tiempo á esta parte. Han llegado algunos á creerse obligados en conciencia, á protestar contra esta novedad sospechosa, llamada sentido comun. Respetamos infinitamente sus escrúpulos, pero no pensamos ceder á ellos. Aun siendo cierto, ser el sentido comun tan nuevo como se dice, no seria justo despreciarle por esto; pues con solo su auxilio, puede combatirse con buen éxito, el escepticismo y todas las falsas doctrinas

* Seria necesario decir que el sentido comun no tiene sentido comun.

de nuestros dias. Quisieran que nos atuviesemos á las pruebas antiguas; esto acaso seria bueno si hubieran querido los hombres atenerse á los antiguos errores*. ¿Nos hallamos acaso en el mismo estado en que estábamos hace cincuenta años? ¿No se ha hecho ninguna mudanza en los espíritus y en la sociedad? ¿No fructifica ya el árbol de *la ciencia del mal*? ¿Paró el desorden? Una fuerza irresistible lleva tras de si al mundo

* Hablamos aqui segun las preocupaciones de nuestros contrarios, pues el método del sentido comun, ó de la autoridad, que ha parecido nuevo en nuestros dias, en realidad es tan antiguo como el mundo. Hasta la introduccion de la filosofia de Aristóteles en la escuela, no conocieron otro los cristianos, y nunca dejó este de ser el método de la Iglesia, el principio fundamental de su enseñanza. El cartesianismo, por el contrario, es muy moderno, puesto que su origen no pasa de doscientos años. Y obsérvese además que, enteramente reprobado, por lo menos en las tres cuartas partes de Europa, en ninguna parte se adopta plenamente, sin que cada cual lo modifique á su gusto, y que en todo el orbe no se encontraría un cartesiano rígido, un solo hombre que admitiese, sin algunas diferencias esenciales, la doctrina metafísica de Descartes. So pretexto de defenderla, no se defiende sino la independencia absoluta de cada razon individual. Fácil es descubrir donde conduce este protestantismo filosófico.

entero; y se dice: ¿Porqué vais tambien en pos de él, vosotros?

En medio de este gran movimiento, que todo lo ha dislocado, trastornado, se emplea el pensamiento de los hombres en mil asuntos nuevos; excítanse innumerables cuestiones; y hay todavía hombres sinceros que preguntan: ¿Porqué hablar de esto?

Se tranquilizan otros sobre los inconvenientes de una filosofía escéptica, porque es imposible llegar al escepticismo absoluto. ¿Qué importa, dicen, una doctrina que la conciencia repele y que no podría conseguirse practicarla? ¿Jamás dudó nadie seriamente de su existencia ni de otras mil cosas semejantes? Concedido: pero ¿deja de ser peligrosa la filosofía que obligase á dudar, por razon de que el hombre no puede guardar consecuencia hasta este punto? ¿No es bastante pueda él dudar realmente de la verdad del Cristianismo, de la inmortalidad del alma,

de Dios mismo, para que deban impugnarse los principios que conducen á esta horrorosa duda? No hay escéptico perfecto: ciertamente no; pero hay hereges, deístas, ateos, y ahora dirémos: ¿Qué importa crean su existencia y cuanto se quiera, si no creen la Religion, los deberes, una vida futura en que serán castigados los malos y premiados los buenos, si no creen en Dios? ¿Es de alguna importancia que, despues de haber seguido hasta aquí un principio, capaz de forzarlos aun á dudar de sí mismos, los detenga un poder superior, y los precise á creer una existencia sin causa como sin objeto? ¿No hay pues, que temer sino el último error, la última destruccion, y la nada? ¿y todo le será permitido al hombre con tal que consienta en decir: *Existo?* Ya sabemos que esta consecuencia se despreciará con horror. Dejen pues de repetirnos que no hay ni puede haber verdaderos escépticos; no nos pregunten ya porque se ataca una filosofía, cuya

esencia es la duda, y cuyo único riesgo es conducir los entendimientos consecuentes al ateismo.

No se fija bastante la atencion en ello; la razon del hombre, separada de la razon humana y de la de Dios por una filosofia contra naturaleza, de tal modo se abatió, que las nociones mas comunes del buen sentido dejaron de serle propias. Segun esto, todo está en cuestion, todo, hasta los mismos elementos de la sociedad.

Nadie puede entenderse sobre cosa alguna. La palabra ya no aclara; podria decirse hemos llegado á una nueva confusion de lenguas. Se ha debilitado la facultad de comprender, en la misma proporcion que la fe: y en efecto ¿qué es la duda sino la conciencia que tiene el entendimiento de su debilidad y de sus tinieblas, y como el mirar confuso de una inteligencia espirante? Quanto nos queda todavia de verdad y orden, lo debemos á la Religion cristiana, á la

fe conservada por ella y al principio de autoridad que mantiene; y si el Cristianismo desapareciese de Europa, con él se extinguiria el último rayo de luz, y la sociedad y la razon se desvanecerian en medio de las tinieblas.
